

## Una tarde con Machado en Soria

Sube conmigo, Antonio,  
que yo te ayudo:  
subamos a la ermita  
de San Saturio.

Los álamos dorados  
de la ribera  
tienen tu nombre escrito  
en la estribera.

Y cada vez que el viento  
los lleva al río,  
sollozan dulcemente:  
"¡Antonio mío!"

Siéntate aquí conmigo,  
sobre esta piedra:  
cubierta está de musgo  
de verde hiedra.

¿No ves la pastorcilla  
rubia y trigueña,  
con un cordero en brazos  
sueña que sueña;

los tejados de Soria  
y su humo azul,  
como reina que viste  
delgado tul;

San Juan de Rabanera  
resquebrajado,  
y aquel San Juan de Duero  
en Duero ahogado;

la Torre de los Ríos,  
luna escarchada,  
como fugaz gacela  
sobresaltada;

el monte de las Animas  
hendido en oros,  
y el castillo nadando  
en tus ojos moros?

¿No ves allí Numancia  
llena de huesos  
y los ojos que miran  
entre los besos?

¿No ves bultos de fe  
y de fiereza?  
¿no ves cómo su sangre  
se despereza?

¿No oyes pasos de flor,  
Antonio mío,  
que van por la ribera  
que va hasta el río?

Son álamos cargados  
de primavera,  
como ciervos de plata  
de la ribera;

cenizas de paloma  
que va de vuelo,  
navegando en el barco  
de tu pañuelo.

Las hojas ¡ay! enfermas  
de tu olmo herido,  
desde que tú te fuiste  
no encuentran nido.

Como una vieja llaga  
de oro muy viejo,  
brillan sobre la espalda  
del caminejo.

Tú apacientas ternuras  
entre campanas,  
que traspasan el pecho  
de mis ventanas.

Y eres hasta más bello,  
Antonio mío,  
al verte en San Saturio  
mirando al río.

Baja conmigo, Antonio,  
baja, que siento  
que mordéndome el alma  
va el sentimiento.

...El Angelus la tarde  
suspira y reza:  
¡ya soportar no puedo  
tanta belleza!

Nicolás SANCHEZ PRIETO

